

# *Partido Independiente de Color.* Una deuda con la verdad y con la historia

Leonardo Calvo Cárdenas  
Historiador y politólogo  
Vicepresidente del *Partido Arco Progresista* (Parp)  
Vice coordinador *Nacional del Comité*  
*Ciudadanos por la Integración Racial* (CIR)  
Representante en Cuba de la Revista *ISLAS*  
La Habana, Cuba

La manera en que se ha manejado en Cuba la conmemoración del centenario de la protesta armada y la posterior masacre del *Partido Independiente de Color* (PIC - 1908-1912) refleja de manera elocuente como mantienen total vigencia las visiones y perspectivas de menosprecio e invisibilización de que han sido víctimas los afrodescendientes cubanos a lo largo de nuestra historia.

Las autoridades cubanas y sus voceros académicos e intelectuales han perdido una maravillosa oportunidad para colocar en justo lugar este significativo proceso histórico y reconocer de una vez y por todas a sus protagonistas como héroes y mártires de la lucha por una igualdad social largamente soñada, tantas veces cantada y todavía no alcanzada en nuestro país. Los debates sobre el 1912 han sido más que elocuentes. Ya no se le dice «Tiburón» al general presidente José Miguel Gómez (1858-1921) y se llega al punto de es-

cuadrñar en la historia para buscar el pasado heroico de los asesinos.

Desde la oficialidad no se ha analizado cuáles fueron los antecedentes y fundamentos históricos y sociales del PIC, cuyos líderes y miembros no eran simplemente negros descontentos y relegados. De eso está lleno el continente, como ahora lo sabemos, y no hubo otros partidos similares. Con el PIC quienes habían creado la riqueza de este país y hecho una contribución capital a la conformación de la cultura nacional, quienes hicieron el mayor aporte a la independencia, los siempre explotados y excluidos, quienes con enorme derroche de esfuerzo y talento enfrentaron los mayores obstáculos y lograron magnífico lustre cultural y social, siempre sin recibir reconocimiento ni tener las oportunidades que merecían, se convirtieron en alternativa política con alto nivel de organización y propuesta sin precedentes por su alcance social y progresista para la na-



*Evaristo Estenoz y Pedro Ivonet, líderes fundadores del Partido Independiente de Color*

ción cubana. Con el PIC, los afrodescendientes cubanos se convirtieron en precursores de una lucha que ocuparía un lugar importante en las confrontaciones sociopolíticas de las décadas posteriores en el continente.

En los umbrales mismos de la República se verificó un traumático desfase socioestructural que generaría tensiones peligrosas al interior de la sociedad. A pesar del enorme aporte de los afrodescendientes a la independencia, a pesar de que los electores negros tenían un peso considerable en las pretensiones y posibilidades de los partidos que hegemonizaban el escenario político de la primera década del siglo pasado, se hizo evidente que los sueños independentistas de igualdad e integración quedaban completamente insatisfechos.

Muertos José Martí y Antonio Maceo, quienes podían haber significado factores determinantes en la búsqueda de ese equilibrio tan necesario en una sociedad con altos niveles de convivencia e interrelación racial, la Re-

pública, con todo y sus méritos, convirtió a los cubanos negros y mestizos en ciudadanos de segunda y tercera categoría, excluidos de todos los espacios y de todas las posibilidades. Relegados en los ambientes de desenvolvimiento económico, los afrodescendientes cubanos no encontraron lugar en los espacios públicos, gubernamentales y militares.

La frustración republicana de los cubanos negros se convirtió en definida inquietud política. La ilusión de igualdad acariciada durante el siglo XIX había llevado a pensar a los más visibles líderes negros que la educación y el lustre cultural insertaría a los afrodescendientes cubanos en los más promisorios espacios sociales, y que luchar y trabajar dentro de los partidos políticos establecidos daría los frutos esperados en materia de igualdad y justicia social. Sin embargo, se demostró enseguida que el método de tratar de ser mejores para lograr ser iguales no daba ningún resultado en esta tropical sociedad de castas. Los políticos y co-

rreligionarios negros no pasaban de ser meros instrumentos coyunturales en manos de los líderes cuyos intereses nunca se conectarían con las necesidades de los desposeídos y relegados de siempre.

Mientras esos prominentes líderes políticos negros seguían bebiendo en la fuente de antiguas ilusiones sin futuro, una meritocracia independentista negra y una intelectualidad negra con criterios, proyectos y propuestas tenía líderes capaces de movilizar a las masas. En el verano de 1908 esas capacidades y potencialidades confluyeron con las bien fundadas inquietudes de los sectores descontentos en el PIC, con el cual —y ésta es la significación histórica que las autoridades cubanas no permiten que sus académicos reconozcan— los excluidos y victimizados de siempre se transformaban en alternativa y propuesta política.

Los académicos oficialistas no valoran al PIC como resultado de muy particulares condicionantes socioeconómicas, como resultado de un proceso de participación y maduración política de los afrodescendientes cubanos sin precedentes en el hemisferio, ni valoran la trascendencia de la propuesta política, no racial, sino para toda Cuba, de un partido que rápidamente devino serio peligro para los intereses hegemónicos de los sectores dominantes por las perspectivas político-sociales de la propuesta del PIC de cara a la realidad sociopolítica en Cuba y por su aureola independentista, el prestigio de la limpia ejecutoria de sus líderes y sus potencialidades de conexión con las masas explotadas y excluidas, principal segmento electoral del país.

### *Propuesta Política del PIC*

- Repatriación por cuenta del Estado de todos los cubanos que quisieran regresar al país y estuvieran carentes de medios.

- Revisión de los expedientes de propiedad hechos efectivos durante la primera intervención norteamericana (1898-1902).

- Nacionalización del trabajo, mediante ley que garantice la admisión de cubanos con preferencia a los extranjeros.

- Distribución en colonias de las tierras del Estado o de las que se adquirieran para quienes carezcan de recursos.

- Leyes para regular el trabajo infantil.

- Seguros contra accidentes del trabajo.

- Creación de la escuela naval y militar.

- Enseñanza gratuita y obligatoria, incluyendo la gratuidad en la universidad.

- Inmigración no selectiva, debido a los intentos de blanquear el país.

- Juicio por jurados constituidos con ciudadanos de ambas razas.

- Oposición a la pena de muerte (se estimaba que los negros eran las principales víctimas, ya que los blancos tenían muchas más oportunidades de que se les conmutara la pena).

- Reforma penal para crear verdaderas instituciones correccionales, pues la mayoría de quienes iban a prisión eran pobres y analfabetos y se les debiera enseñar oficios para su mejor reintegro a la sociedad.

- Tribunales laborales para mediar en las disputas entre el capital y el trabajo.

- Nombramiento de ciudadanos cubanos de color en el cuerpo diplomático

Muchas de esas propuestas y demandas fueron asumidas por los partidos más progresistas del continente varios años después y vieron la luz cuarenta años antes de que el alegato de autodefensa de Fidel Castro en el juicio por el asalto al Cuartel Moncada (1953), conocido como *La historia me absolverá*, se convirtiera en el programa político de la revolución. Cuatro décadas antes del llamado Programa del Moncada, los Independientes de Color

hablaron de los problemas del empleo, la propiedad de la tierra y la educación para todos, pero con la capital ventaja de que también abogaron por los derechos y espacios de los afrodescendientes, sobre lo cual *La historia me absolverá* no tiene una sola letra.

Todavía cien años después de la epopeya de 1912, quienes se olvidaron de mencionar a los cubanos negros en su proyecto de país no son capaces de analizar, reconocer y valorar la trascendencia política y la vigencia de aquel programa. Al cumplirse el centenario del banquete público que celebró la masacre fueron investidos treinta embajadores y ninguno era negro. El reclamo del PIC está vigente.

En lugar de aprovechar el centenario para profundizar en el alcance y la trascendencia de esta propuesta política a la luz del tiempo histórico transcurrido, en lugar de valorar la actualidad de muchas de esas demandas, ilustres académicos oficialistas se prodigaron en disquisiciones que se alejan del fondo y la verdad de tan complejo proceso histórico y tienen el claro objetivo de afianzar los patrones de ocultamiento, tergiversación y manipulación de la historiografía cubana.

Hemos escuchado que negros y blancos se hermanaron en la manigua redentora y los norteamericanos trajeron el racismo con su intervención y ocupación militar en 1898. El hecho innegable de que los afrodescendientes fueron la base fundamental del Ejército Libertador y devinieron, por consiguiente, elementos imprescindibles, no debe esconder la dimensión y alcance del racismo —en ocasiones visceral— de algunos grandes próceres de la independencia ni las injusticias y atropellos racistas sufridos por muchos combatientes no blancos.

Tal parece que ese racismo no languidece, en tanto hemos arribado al centenario de

1912 bajo la sombra ignominiosa de la estatua del general presidente Gómez, reinstalada por el gobierno revolucionario en un céntrico paseo habanero. La mayoría de los académicos no se atreven a señalar con merecido dedo acusador al coronel José Francisco Martí Zayas-Bazán, principal ejecutor de la masacre como Jefe del Estado Mayor de la campaña genocida de 1912\*. Para colmo las autoridades culturales, con el obvio respaldo del liderazgo político, no se limitaron a enaltecer la memoria de tan despreciable personaje. Esos mismos voceros se empeñan en desacreditar y menospreciar la ejecutoria insurreccional y política de los líderes del PIC. Al intervenir en Cuba, los norteamericanos pueden haber traído su racismo, pero el racismo que se manifestó ante la presencia del PIC en el escenario político cubano estaba bien incorporado en la mentalidad, la cultura y las estructuras sociales de nuestro país.

De igual forma se critica como supuesto error del PIC asumir la protesta armada como método de presión. El principal error de los líderes del PIC consistió en practicar el socorrido juego de la insurrección como presión política, tantas veces utilizado en la época. El propio general presidente Gómez recurrió a este método en 1906, acompañado por los posteriormente animadores del PIC, y luego en la «guerrita de La Chambelona» (1917), sin que implicara grandes tragedias ni derramamientos de sangre. Los líderes del PIC no aqulataron el riesgo frente al peligro político que significaban para los poderes fácticos del momento.

De lo dicho y de los hechos concretos puede concluirse que el PIC fue víctima de una cruel traición por el general presidente Gómez, quien tal vez en la hora clave faltó a algún posible compromiso contraído con sus compañeros de tantas batallas. Tal criterio se

refuerza porque los líderes del PIC no se molestaron en colocar en lugares visibles o prominentes a los correligionarios de piel blanca, con lo cual hubieran desarmado la Enmienda Morúa (1910) que puso al PIC fuera de la ley. Llama la atención el simbólico y desprovisto alzamiento del 20 de mayo de 1912 como señal de confianza desproporcionada en una segura negociación.

Los llamados de auxilio de los líderes del PIC al gobierno norteamericano, en medio de la escalada genocida con que el gobierno cubano respondió al pronunciamiento, se pretende presentar como evidencia de una supuesta tendencia anexionista del PIC, pero demuestran en realidad la sorpresa y desesperación de quienes se veían atrapados en una trampa sin salida. Los voceros de quienes llegaron al poder legitimando la violencia terrorista y el fratricidio critican la supuesta violencia del PIC, que fue cruelmente diezmado sin utilizar la amplia experiencia combativa que acumulaba la inmensa mayoría de los encartados.

Hoy como ayer se acusa al PIC de racismo, con lo cual se pierde de vista, de manera no inocente, que el racismo es imposible sin poder y hegemonía para menospreciar y excluir al diferente. La participación de personas de raza blanca en el movimiento y la propuesta nacionalista e incluyente alejan del PIC toda sospecha de odio racial.

Frente a este movimiento, que por vía política y electoral pretendía promover la justicia y la igualdad, el gobierno de turno y los sectores hegemónicos utilizaron todas las herramientas de destrucción posible; el descrédito, la calumnia, la condena judicial, el encarcelamiento, la ilegalización a través de la Enmienda Morúa —prohibía la organización de partidos de una sola raza o clase— y finalmente el genocidio fratricida.

Ante la masacre de encartados e inocentes —genocidio que dejó testimonios escalofriantes y un terror incorporado que trascendió el tiempo— no se levantaron voces que se opusieran abiertamente a la barbarie ni siquiera por condicionamientos humanistas. La tragedia de 1912 parece confirmar hasta qué punto la ilusión de igualdad y los patrones racistas impuestos han incorporado fuertemente la cultura de subordinación y victimización. Aunque se creyera firmemente que la educación y la cultura podía hacer a los negros cambiar de estatus —cosa demostrada como imposible por la historia— semejante genocidio fratricida debió encararse con la pertinente toma de partido en contra, abiertamente frontal y beligerante en términos políticos. Al parecer fue tanto el terror impuesto, que los políticos negros anti racistas no se atrevieron siquiera a usar los espacios cívicos para condenar la masacre y el regodeo en ella.

Ese mismo silencio mantienen hoy los supuestos activistas antirracistas frente a la represión de que son víctimas los movimientos independientes por la integración. Ese silencio está marcado por la prevalencia de sus intereses personales ante el hegemonismo intolerante de las autoridades y ha provocado una valoración mediocre y mediatizada de la trascendencia histórica y vigencia del PIC, así como una bochornosa pasividad ante la irrespetuosa arrogancia racista del poder, que en lugar de rendir el tributo que merecen los héroes y mártires de 1912 enaltece la memoria de los asesinos.

Queda claro que el miedo al negro persiste, pero no es el miedo a la supuesta violencia, sino a la capacidad y potencialidad política intelectual y cultural de los afrodescendientes cubanos, siempre vistos como peligro para los diseños hegemónicos y los patrones supremacistas. Los supuestos activistas antirracistas

de hoy caen en la contradicción de señalar algunas carencias y lagunas para abogar por la unidad de la nación en torno a la revolución. Pierden de vista, de manera no inocente, que ese concepto de unidad en 1912 sirvió de pretexto a la traición y el genocidio, y de 1959 en adelante sirvió para poner un manto de silencio sobre el problema y complicarlo a largo plazo. No se puede hablar de unidad cuando prevalece la hegemonía política de un grupo que reafirma la desventaja y el menosprecio de una parte considerable de la nación. No se puede hablar de unidad si no se da el valor que en sí misma tiene la cultura africana en Cuba y si no se reconoce su papel en la cultura cubana.

Tal vez por los niveles de integración no sea pertinente en Cuba hablar de una nación con dos culturas, pero se impone reconocer cuál es el papel y lugar de los aportes africanos. No se puede hablar de unidad cuando todos los giros socioeconómicos y estructurales afianzan la desventaja, la desposesión y marginación de un segmento tan importante de la sociedad. Este centenario arroja conclusiones lapidarias, más allá de la altura y trascendencia del PIC, que no disminuyen ante el desconocimiento y la tergiversación. Pasa 2012 sin que las autoridades y sus voceros oficiales reconozcan que los negros cubanos jugaron un papel precursor y determinante en las luchas emancipadoras de los siglos XIX y XX. Resulta evidente que no quieren asumir la existencia de héroes negros en una historia donde se nos sigue reservando el lugar de víctimas, culpables y beneficiarios.

El año 2012 termina y el reto de colocar a los héroes y mártires de tan larga lucha por la igualdad y la justicia en el lugar que merecen puede ser un aporte trascendental en el difícil proceso de construir la nación

integrada y justa por la que hemos soñado y luchado durante doscientos años.

#### Para abundar en lecturas:

- 1-Castro, Silvio. *La masacre de los Independientes de Color en 1912*, La Habana: Ciencias Sociales, 2002
- 2-Fernández Robaina, Tomás. *El negro en Cuba*, La Habana: Ciencias Sociales, 1994.
- 3-Helg, Aline. *Lo que nos corresponde, la lucha de negros y mulatos por la igualdad en Cuba. 1886-1912*, La Habana: Ediciones Imagen Contemporánea, 2000.
- 4-Le Riverend, Julio. *La República*, La Habana: Ciencias Sociales, 1973.
- 5-Pichardo, Hortensia. *Documentos para la Historia de Cuba*, La Habana: Ciencias Sociales, 1973.
- 6-Portuondo Linares, Serafín. *Los independientes de Color*, La Habana: Editorial Caminos, 2002.
- 7-Ramos, Raúl. «Una profecía fatal», *Boletín del Archivo Nacional*, No 16-17, 2010.

#### \* Nota del editor:

Las tropas que tomaron parte en la campaña contra los alzados en Oriente fueron comandadas por el mayor general José de Jesús Montea-gudo y su lugarteniente fue el brigadier Pablo Mendieta Montefur. Otros jefes destacados fueron los coroneles Carlos Machado (2do Regimiento de Infantería) y Francisco Paula (Artilería de Costas), los tenientes coroneles Ibrahín Consuegra (Jefe Militar de Oriente) y Enrique Quiñones (Artilería de Montaña), el comandante Rosendo Collazo (Ametralladores), el capitán Emiliano Amiell (Tercio Táctico de la Guardia Rural) y el teniente Arsenio Ortiz. El coronel Martí Zayas Bazán era Jefe del Estado Mayor del Ejército, no participó directamente en la masacre de 1912, pero si estuvo en el «banquete monstruo» de posguerra en el Parque Central.